

disgusto. La posadera y una criada, situadas junto a la campana de la chimenea, miraban con ternura al desnutrido.

Llegó el turno a las uvas. El hombrón las masticaba muy bien. Mosto le caía por las comisuras.

Temeroso, el hombre enteco, hizo ademán de tomar una uva. Y súbito, el hombre alto, le dió un golpazo en los nudillos con las cachas de la navaja.

El golpeado hizo un vivo gesto de dolor.

Fué entonces, cuando el Cabo que venía con nosotros —añadió el guardia— le dijo al hombre alto:

--¿Qué mal le ha hecho ese desgraciado para no darle de cenar?

El hombre alto levantó los ojos con mal talante, pero al ver que era un «civil» quien le hablaba, aflojó el gesto.

—No conoce Vd. bien, mi Cabo, a este granuja. Tanto me ha robado que ni estando ocho días sin probar bocado me cobraré de la deuda.

Las gentes que allí había hicieron comentarios a media voz, pero el hombre alto acabó con las uvas sin añadir palabra. Luego lió un cigarro con parsimonia y sin despegar los labios, salió al patio de la posada.

El hombre fino, ya solo, echándose de bruces sobre la mesa, comenzó a comer con voracidad las migajas y hollejos de las uvas que se veían sobre la mesa.

Las voces y protestas por tanta injusticia de cuantos estábamos allí aumentaron con la salida del hombre alto.

Y al poco rato, la posadera, sin decir palabra y con aire espectacular, llevó a la mesa del hombre fino una fuente de pisto, tocino, uvas, vino y pan del día.

Unos zagalones que sorbían de sus cucharas sonoramente, aplaudieron al ver el rasgo. Y la posadera, entre las miradas agradecidas de todos sus huéspedes, volvió esponjada a su rincón.

El hombre fino comió con ansia. Luego, el Cabo, le dió un par de cigarros.

En el patio de la posada paseaba el hombre alto con mucha gravedad.

Alguien dijo que eran quincalleros.

* * *

Y siguió contándome el guardia:

A los pocos meses tuve que comer en la posada de Torre de Juan Abad. Es posada mayor y para más gente. Cuando salíamos de acomodar los caballos en la cuadra, vimos llegar a los dos hombres de antes. Pero la cosa había cambiado mucho. Era el hombre fino quien venía con blusa negra, sombrero de fieltro y botas de ternero con aire señorón. El hombre alto traía el zurrón, en mangas de camisa puerca y descalzo.

Como antaño, ambos se sentaron en una mesa. El fino pidió gachas, tocino frito, naranjas y vino. Y al poco, comenzó a comer con mucho pormenor y aplicación.